

# «EL SALTO DE CALASANS»

Plumas elocuentes y entusiastas han ensalzado y encomiado las proezas de nuestra marina velera de antaño, cuyos hombres, en lucha constante con los elementos y expuestos al azote de los climas y de las epidemias, a expensas del goce de la alegría del vivir, crearon el poderío naval, comercial y económico de nuestra amada patria llenando un vacío importante y de gran trascendencia.

Al evocar el recuerdo de la escuela de náutica de los días a que nos referimos y que tanta riqueza sembró, nos detendremos aunque con suma brevedad en uno de los rasgos de virtud, de integridad de ánimo propias de aquellos marinos y que durante un dilatado periodo fué observado en la ex-villa guixolense. Quedan todavía en los santuarios y ermitas que guardan las lágrimas y las alegrías de los navegantes de antaño, numerosos testimonios de la piedad popular catalana, esos atributos vigorosos de nuestro pueblo, de sus sentimientos elevados, innatos en su gente de mar, que en horas de inquietud, de zozobra, en los trances apurados, invocaban al Ser Supremo, a la Madre de Dios, a la intercesora Virgen marinera, o al Santo de su devoción predilecta. Tales ofrendas, toscas por lo general, sin ajustarse a las reglas del arte, y que por su aparente candidez hiciera sonreír a los indiferentes, poseen para el escritor imparcial un realismo tan seductor y lleno de poesía que le llega al alma.

De ahí, de esa piedad popular a que nos referimos, deriva una costumbre que en tiempos lejanos contrajo esta población. Costumbre temeraria sin género de duda pero digna de mención siquiera por respeto a nuestros antepasados y dado nuestro objeto de ofrecer al lector una muestra de las creencias arraigadas que tanto enardecieran y esperanzaran a aquellas generaciones de héroes y devotos y cuyos hábitos enraizaron en la gloriosa marina catalana ochocentista.

Los que hayan leído «*Las Ruínas de mi Convento*», la célebre novela de nuestro preclaro e inolvidable escritor D. Fernando Patxot, tendrán presente cierto episodio que encierra algunos detalles del «*Salto de Calasans*», así llamado porque tenía lugar en el pequeño puerto de este nombre y en el peñón conocido por el de «*Guixols*». Un pozo de unos sesenta metros de profundidad formado por solas las fuerzas de la naturaleza y en el cual según la tradición fué precipitado nuestro glorioso mártir San Félix en tiempos de las horribles persecuciones dictadas por Dicleciano, constituía la única tramoya del singular espectáculo que vamos a reseñar sin que podamos precisar la época de su institución. Remontémonos sin embargo al siglo décimo séptimo que nos describe entre los festejos que en el mismo día se celebraban en la localidad, el que sirve de lema al presente artículo.

El día primero de Agosto, a las dos de la tarde, la Iglesia del Convento iba dando salida al clero regular y secular, a fieles y más fieles que recorrían en procesión nuestras antiguas calles con acompañamiento de músicas, los ojos deslumbrados por los colores de gallardetes y vistosas colgaduras, embalsamado el aire por el perfume de las flores. Avanzaba la larga y devota comitiva hacia la calle del Mar, torciendo en el *Portalet*, y por la calle Mayor regresaba al punto de partida. Terminada la solemne ceremonia dirigíase el pueblo en masa, hombres, mujeres y niños, hacia el lugar denominado *El Fortim* para presenciar el cumplimiento de las promesas hechas en días aciagos por personas devotas de San Feliu. En varios sitios del citado peñón habíanse instalado algunas barracas donde se vendían bebidas y refrescos; también unos asientos rústicos de preferencia para las autoridades y

personas pudientes que se colocaban en corro alrededor de la boca del precipicio, aunque a regular distancia a fin de no entorpecer los movimientos de los protagonistas. De los pueblos vecinos acudía una gran muchedumbre ávida de presenciar aquellas emocionantes escenas; de manera que, no bastando el *Fortim* para tamaña multitud, tenía la gente que situarse en la ladera de la vecina montaña del *Molí de les Forques*, cuando no en la Playa de Calasans, aquella playa de nuestro recuerdo que la construcción del muelle hizo desaparecer. Un respetable número de pequeñas embarcaciones rodeaban el lugar dispuestas a prestar los auxilios oportunos en caso necesario.

A las cuatro de la tarde, en virtud de una señal dada por la presidencia, avanzaba un hombre curtido por el sol, cuya mirada se había apoderado de la inmensidad, reflejándose en su semblante la decisión que le animaba y una confianza evocadora del recuerdo de los mártires. Era aquel hombre un marino, un atleta de gracia masculina que en días de tormenta, declarándose impotente, había hecho voto de seguir el camino abierto por el glorioso mártir africano.

Ya al borde del precipicio, con el valor que el cumplimiento de una deuda sagrada infunde, precipitábanse aquellos hombres fuertes al abismo. En el fondo de la cavidad una cueva de unos treinta metros de longitud atravesaba la peña hasta el lado opuesto, el *Port de l'Abric* que nuestros héroes habían de conquistar. La travesía era difícil pero los intrépidos nadadores, buceando, los ojos cerrados, fiándose en sus fuerzas, ya de espaldas, ya sobre el vientre y después de una lucha increíble con la oscuridad, llegaban al *Port de l'Abric* muchas veces arrastrándose dolorosamente sobre la playa.

Al oírse el ruido sordo y tenebroso de la caída un silencio de muerte reinaba en todos los ámbitos; la ansiedad y el temor reflejábanse en la faz de los espectadores, hasta que un *Viva* atronador cuyo eco retumbaba en las montañas vecinas, era la señal de que la promesa se había cumplido, que el marino se había salvado. Mas como al parecer no había sucedido siempre así, para evitar funestos desenlaces sin privar a la población de su típica fiesta, a principios del siglo pasado se mandó llenar la cueva con piedras y arena y desde aquella fecha precipitábanse en el pozo para salir luego, subir la cuesta y zambullirse repetidas veces, acción esta que, aunque no estuviera totalmente exenta de peligros, no era tan expuesta a la pérdida de vidas como la anterior.

He aquí lisa y llanamente reseñado el famoso «*Salto de Calasans*» que en el año 1820 celebróse por última vez por haber de nuevo degenerado en la desgracia. Un accidente malhadado, aunque no mortal, fué causa de que se postergase una costumbre antiguamente revestida de un carácter esencialmente religioso, susceptible sin embargo de sembrar el duelo y la desolación. Se supone que en sustitución de la misma vino a establecerse la pintoresca «*Cucaña*» que en 1832 se celebró por primera vez y que fué durante muchos años uno de los principales atractivos de la Fiesta Mayor. En ella lucían su habilidad gimnástica y sus dotes de excelentes nadadores los muchachos que habían nacido junto a la playa crecían brincando de roca en roca y pasaban, en fin los días placenteros de su infancia mitad durmiendo y mitad nadando. A esta simpática fiesta nos referiremos con más detenimiento en otra ocasión.